

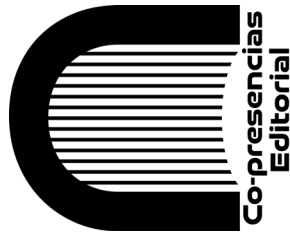
Emilio Ribes Iñesta

**EL CONDUCTISMO:
REFLEXIONES
CRÍTICAS**

Prólogo de Ramón Bayés

Emilio Ribes Iñesta

**EL CONDUCTISMO:
REFLEXIONES
CRÍTICAS**



COLECCIÓN: “PSICOLOGÍA ACADÉMICA”

Sección: Teoría de la Psicología

Editor: Manuel Porcel Medina

Co-presencias Editorial

Co-presencias pretende ser una editorial crítica de Psicología y Filosofía de la Psicología, con el compromiso de construir acercamientos a dichos ámbitos con matices de honestidad y verdad.

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la ley.

Si se quiere compartir, difundir, reproducir, distribuir o comunicar públicamente en cualquier tipo de soporte, pidan autorización al autor de la obra, a través de la editorial:

copresenciaseditorial@gmail.com

Portada: Ilustración de Manuel Porcel Medina

©Emilio Ribes Iñesta

©Co-presencias Editorial

C/Babolé. Granada. España

www.co-presencias.com

Depósito Legal: SA 672-2024

ISBN: 978-84-09-67321-6

TABLA DE CONTENIDOS

NOTA DEL EDITOR	11
PRÓLOGO	15
A MANERA DE INTRODUCCIÓN Y ADVERTENCIA	23
CAPÍTULO 1: LA NATURALEZA DE LAS LEYES EN EL ESTUDIO DEL COMPORTAMIENTO	29
CAPÍTULO 2: CONCEPTOS MENTALISTAS Y PRÁCTICAS IDEOLÓGICAS	51
CAPÍTULO 3: TÓPICOS Y CONCEPTOS EN LA TEORÍA DE LA CONDUCTA	67
CAPÍTULO 4: ¿SE HA ABORDADO EL LENGUAJE DESDE EL ANÁLISIS DE LA CONDUCTA?	97
CAPÍTULO 5: CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS Y PROFESIONALES SOBRE EL ANÁLISIS CONDUCTUAL APLICADO	131
CAPÍTULO 6: LA PSICOLOGÍA ¿UNA PROFESIÓN?	159

A Sylvia, catorce años después

NOTA DEL EDITOR

EL libro del que quiero añadir una sucinta «Nota del editor», ahora en sus manos, es el primero que leí de Emilio Ribes, allá por el año 1993. Cursaba segundo curso de la carrera universitaria de Psicología –ahora grado– y comenzaba a discernir aquello que pudiera ser la disciplina. El primer año lo pasé medido por los vaivenes entre las diferentes corrientes –escuelas psicológicas– que se debatían en durísimos duelos por evangelizar al mayor número de fieles, entre los que me encontraba.

Afortunadamente, pasé parte del segundo curso metido en la biblioteca de la facultad leyendo todos los libros de Skinner y, con la inercia del movimiento conductista, todos aquellos que tenían parecido pelaje. A finales del citado curso, ya contaba con suficientes argumentos para debatir con cualquier adalid de alguna otra escuela, incompatible con la recién adquirida.

Cuando más serenidad me embargaba, reconociendo que tenía el camino marcado, la línea roja de la que seguir tirando, investigando nuevos autores, en las coordenadas del maestro Skinner, me topé con un librito de un tal Emilio Ribes Iñesta. En palabras del propio Ribes:

En 1979, disfruté de un semestre sabático otorgado por la Universidad Nacional Autónoma de México, trasladándome a vivir con mi familia, a Sant Cugat del Vallés. El viaje tenía como propósito exclusivo “recuperar” a la Barcelona y Catalunya perdidas por el exilio, así como iniciar la reflexión y la redacción de lo que años después fue el libro sobre Teoría de la Conducta. Fruto de esta estancia en Sant Cugat, fue la publicación en 1982 del libro «El Conductismo: reflexiones críticas», en la colección dirigida por Ramón Bayés y Josep Toro en Fontanella.

Corría el año 1993 del pasado siglo, como citaba más arriba, cuando leí este opúsculo del que extraje una serie de enseñanzas, esbozos de conclusiones y confusión, mucha confusión. No estando aún asentado el edificio del conductismo, tenía que enfrentarme a un terremoto que amenazaba con derribar, antes del fin de obra, el inmueble que, con el sudor de mis pupilas, había estado construyendo hasta la fecha.

Unos años después, en 1998, preparé un par de comunicaciones para el IV Congreso Internacional sobre Conductismo y Ciencias de la Conducta, realizado en Sevilla, España. Una de las conferencias plenarias corría a cargo de Emilio Ribes. Debía conocer al autor que se atrevía a poner en suspenso el conductismo radical de Skinner, en mi creencia, por aquel entonces, de que algo así era imposible. Pero lo que Ribes acometía en dichas «reflexiones críticas» era una ampliación de perspectiva, un ensanchamiento de coordenadas conductistas y materialistas, en definitiva, una fina discriminación entre terrenos baldíos y fértiles en los que seguir trabajando desde un punto de

vista conductista y científico.

Si tuviera que elegir entre el puñado de enseñanzas que este opúsculo puede ofrecer al lector, serían las glosadas a continuación:

(a) una crítica al conductismo desde el interior de este, desde sus propias coordenadas, de manera que se traduce en una crítica conductista, rigurosa, profunda. Se critica el paradigma del condicionamiento, especialmente su enfoque molecular y lineal en la explicación de la conducta.

(b) el dualismo cartesiano como obstáculo para el desarrollo de una ciencia del comportamiento unificada y no reduccionista.

(c) la necesidad de un enfoque interaccional, donde la conducta se entiende como la interacción construida entre el organismo –humano o animal– y su ambiente –social o ecológico–, modificable en y por el transcurso de su historia individual, lo que se constituye en «lo psicológico».

(d) la crítica a los conceptos mentalistas, que perpetúan, entre otros, el dualismo.

(e) la estrecha relación entre psicología e ideología, en el sentido de que ambas se influyen recíprocamente como modos sociales de conocimiento.

(f) la importancia del lenguaje en la conducta humana, criticando el análisis operante del lenguaje, proponiendo un enfoque alternativo basado en las ideas del Vigotsky y Kantor.

(g) la radical diferencia entre la conducta humana y animal. Ratas y palomas tienen conducta, en efecto, pero distinta a la desplegada por los humanos –una que se des-

envuelve en un entorno social, institucional, convencional.

(h) se cuestiona la identidad profesional de la psicología, argumentando que su función social debe definirse a partir de su objeto de estudio y no de la demanda social del momento. Ribes lo llama la «desprofesionalización de la psicología».

En resumen, este libro es importante para la psicología porque cuestiona los supuestos tradicionales sobre el objeto de estudio y los métodos de la disciplina, ofreciendo una visión alternativa que se centra en la interacción, la historia y la praxis. El libro invita a la reflexión sobre la naturaleza de la psicología como ciencia y como profesión, y a una revisión crítica de sus fundamentos teóricos y sus aplicaciones prácticas.

Manuel Porcel Medina,
Santander, noviembre de 2024.

PRÓLOGO

PERSONALMENTE, considero que excepto en raras, muy raras, ocasiones, los prólogos poseen únicamente una función de relleno parecida a la de los documentales y cortos que preceden a la película por la que el espectador se interesa y por la que ha pagado su, cada día más, costosa entrada. Suelo asociarlos —no sin cierta nostalgia— a aquellos plúmbeos noticieros NO-DO que los españoles de la pre-democracia nos veíamos obligados a soportar antes de que Humphrey Bogart pudiera entrar en acción. Y, sin embargo, a pesar de lo hondo de esta convicción, esta vez no he conseguido librarme de la obligación de redactar las presentes líneas.

Dos son las razones que me han decidido. Ante todo, la insistencia del autor, con quien me une una excelente amistad, pero también el hecho de que el libro se publique en España —este prólogo tendría poco sentido si la obra se editase en América Latina, donde la trayectoria de Emilio Ribes es sobradamente conocida.

En efecto, en nuestro país, debido sobre todo a la amplia difusión conseguida por uno de sus libros (Ribes, 1972) y a algunas conferencias pronunciadas en Barcelona, Madrid y otras poblaciones españolas, se suele encuadrar a Ribes dentro de los estrechos límites de la aplicación de las técnicas de modificación de conducta a la

educación de niños con retardo en el desarrollo, cuando, desde hace ya varios años, sin desdeñar esta área de trabajo, la mantiene prácticamente en la reserva, dedicando el grueso de su esfuerzo a una extraordinaria labor teórica y epistemológica, una pequeña muestra de la cual lo constituye el contenido del presente volumen.

De los hombres y mujeres que he conocido a lo largo de mi vida, pocos, muy pocos, han conseguido impresionarme. He de confesar que Emilio Ribes es uno de ellos. De haber vivido en el siglo xv, hubiera sido, probablemente, un perfecto hombre del Renacimiento: líder y científico al mismo tiempo; profundamente interesado por los problemas filosóficos, epistemológicos y políticos, y, a la vez, por la literatura, el teatro, la pintura y la música.

No deja de ser paradójico que el mexicano Emilio Ribes, uno de los autores que más están influyendo en el desarrollo de la Psicología latinoamericana, haya nacido en Barcelona —ciudad de la que continúa enamorado— y hable correctamente el catalán. En realidad, marchó con sus padres a México a la edad de 3 años y allí se educó, se casó, tuvo hijos y organizó su vida; en 1982 cumplirá 38 años. Ha sido el primer autor latinoamericano en escribir un libro original sobre modificación de conducta y también el primero en establecer estudios sistemáticos para postgraduados en este campo.

De 1964 a 1971 es profesor del Departamento de Psicología de la Universidad de Veracruz, en Xalapa. En 1971 y 1972, la mayoría de los profesores de Psicología de esta Universidad se trasladan a la Universidad Nacio-

nal Autónoma de México, en ciudad de México, y con ellos marcha Emilio Ribes, consolidando los programas de análisis de la conducta existentes en los cursos de licenciatura y creando un programa de postgrado que ha tenido gran influencia en la formación de investigadores y analistas conductuales, no solo de México sino de todo el continente (cfr. Colotla y Ribes, 1981).

En 1975, la Universidad Nacional Autónoma de México, para descongestionar y racionalizar sus instalaciones, crea el nuevo campus de Iztacala en Tlalnepantla, cerca de ciudad de México, nombrando coordinador de la Escuela de Psicología a Emilio Ribes, al que ofrece la oportunidad de implantar un nuevo diseño curricular. Este, al frente de un valioso equipo —Backhoff, Robles, López-Valadés, Galindo, Seligson, Varela, etc.—, se dedica con entusiasmo a la elaboración de un ambicioso y revolucionario plan de estudios íntegramente estructurado desde una perspectiva conductual. En el mismo se subrayan dos aspectos esenciales: «primero, la formulación de las actividades profesionales específicas que debe desempeñar un psicólogo en la sociedad, considerando los problemas prácticos que debe resolver; y segundo, los programas de entrenamiento particulares, los cuales deben desarrollar habilidades y conductas que sean representativas de las actividades terminales» (Ribes, 1980).

El modelo de Psicología Iztacala, actualmente en marcha, ha puesto de relieve tres facetas diferentes, aunque íntimamente vinculadas:

«a) el desarrollo de un sistema educativo congruente con una práctica científica derivada de la psicología;

b) la configuración de un modelo científico capaz de sistematizar e integrar los más variados fenómenos psicológicos desde una perspectiva conductual, superando las limitaciones inherentes al paradigma de condicionamiento; y c) la definición de un nuevo papel profesional del psicólogo, ubicando su inserción social con base en un contexto ideológico preciso y comprometido» (Ribes, Fernández, Rueda, Talento y López, 1980, pág. 5). Algunas de estas facetas se abordan en *El conductismo: reflexiones críticas en el punto de elaboración* en que se encontraban al finalizar el año 1981.

En la actualidad, el psicólogo Emilio Ribes es coordinador general de investigación de todo el campus de Iztacala, campus piloto especializado en Ciencias de la Salud que incluye las carreras de Biología, Medicina, Psicología, Odontología y Enfermería.

A pesar de que, como investigador, ha llevado a cabo interesantes estudios empíricos, no es sobre su trabajo en el laboratorio que deseáramos atraer, en este momento, la atención del lector.

Como señalan Riera y Roca (1981), en las palabras con que nos introducen a una interesante entrevista que efectuaron a Ribes durante el verano de 1980, el interés primordial por conocer su punto de vista radica en que nuestro autor lleva a cabo una crítica profunda del conductismo sin salirse del marco objetivo de una ciencia natural. Este aspecto, de acuerdo con las palabras con las que el propio Ribes inicia su andadura en el presente libro, constituye el principal objetivo de la obra que el lector tiene entre las manos.

Una ciencia supone, esencialmente, dos cosas: la definición de su objeto de estudio y una metodología de análisis centrada en la observación y el experimento, es decir, en la observación controlada. Ribes, desde el primer capítulo, trata ya de «coger el toro por los cuernos» y delimitar el campo de la Psicología. Para él su objeto de estudio es, evidentemente, la conducta, pero, a diferencia de otros conductistas —entre los cuates hace pocos años me contaba—, no define la conducta como lo que el organismo hace; para él —en línea con Kantor— la conducta es la interacción del organismo con alguna otra cosa: conducta es interacción. En su opinión, de la misma manera que a los biólogos les interesan los cambios que tienen lugar en el organismo, a los psicólogos lo que debería interesarles son los cambios que tienen lugar en las interacciones de los organismos con el medio.

Junto a estos dos distintivos básicos de la ciencia, Ribes señala la urgente necesidad de disponer, en el momento presente, de un marco teórico que permita situar conceptualmente los datos empíricos que se vayan obteniendo. Es preciso observar los fenómenos de forma estricta y fiable, sin duda alguna, pero debe existir una teoría que nos indique qué es lo que debemos observar y cómo debemos relacionar lo observado con los datos que ya poseemos.

Frente a los que, junto a Macquenzie (1911), se esfuerzan por redactar, con buena letra, la nota necrológica del conductismo, se alinean otros, como Ribes, como Schoenfeld (1912), que tratan de encontrar una salida a la crisis sin abandonar las coordenadas metodológicas conductistas. El ambicioso proyecto de Ribes, algunas

de cuyas características principales quedan patentes en el Capítulo tercero, consiste en la elaboración de una teoría capaz de integrar todos los datos conductuales —diferenciando, cualitativamente, los comportamientos animal y humano— y que debe surgir tras efectuar una crítica a fondo del insatisfactorio paradigma actual de condicionamiento; como nos señala en el último párrafo del Capítulo cuarto:

«...si el análisis de la conducta se propone constituirse en una teoría general de la conducta que represente el cuerpo orgánico de una ciencia psicológica, se deben captar las cualidades distintivas de las interacciones conductuales, sin temor de cuestionar la extrema simplicidad y linealidad de nuestros enfoques teóricos actuales. Nuestro mejor reconocimiento a los esfuerzos teóricos realizados en el pasado debe ser examinar aquellos aspectos que han sido señalados correctamente, en vez de restringir la significación de la problemática de la conducta humana a los confines de sus limitaciones conceptuales.»

No quisiéramos fatigar al lector ni encarecer el precio del libro con nuevas páginas. Estamos plenamente convencidos de que si nuestros estudiosos, preocupados por encontrar una solución a la crisis que, sin duda alguna, nuestra disciplina tiene planteada, dirigen su atención hacia los trabajos que constituyen la presente obra, de ello solo podrán obtenerse beneficios.

No hay duda de que el pensamiento de Ribes, aunque profundamente impregnado de las enseñanzas de Bijou, Schoenfeld y Kantor —venerable nonagenario cuya fotografía preside, simbólicamente, su despacho de Iztaca-

la— posee, junto a su promesa de futuro, una innegable y turbadora originalidad.

Ramón Bayés
Barcelona, enero de 1982

REFERENCIAS

- Colotla, V. A. y Ribes, E.: Behavior analysis in Latin America: a historical overview. *Spanish-Language Psychology*, 1981, 1, 121-136.
- MacKenzie, B. D.: Behaviourism and the limits of scientific method. Atlantic Highlands, Nueva Jersey: Humanities Press, 1977.
- Ribes, E.: Técnicas de modificación de conducta. Su aplicación al retardo en el desarrollo. México: Trillas, 1972.
- Ribes, E.: El diseño curricular en la enseñanza superior desde una perspectiva conductual: historia de un caso. En E. Ribes, C. Fernández, M. Rueda, M. Talento y F. López, Enseñanza, ejercicio e investigación de la psicología. Un modelo integral. México: Trillas, 1980.
- Ribes, E., Fernández, C., Rueda, M., Talento, M. y López, F.: Enseñanza, ejercicio e investigación de la psicología. Un modelo integral. México: Trillas, 1980.
- Riera, J. y Roca, J.: Entrevista con E. Ribes Iñesta. *Estudios de Psicología*, 1981, n.º 4, 3-23.
- Schoenfeld, W. N.: Problems in modern behavior theory. *Conditional Reflex*, 1972, 7 (n.º 1), 33-65.

A MANERA DE INTRODUCCIÓN Y ADVERTENCIA

ESTE libro contiene, como su título general lo indica, un conjunto de reflexiones críticas sobre el conductismo. Pero, vale aclarar, son las críticas al conductismo hechas por un conductista. El conductismo, a diferencia de las teorías psicológicas formuladas como un todo acabado, constituye una filosofía de la ciencia psicológica, y como toda filosofía de la ciencia genuina, no es más que la reflexión sobre el propio desarrollo teórico y empírico de la disciplina. Como filosofía de la ciencia, el conductismo irrumpió en la escena psicológica dotando a esta disciplina de un objeto propio de conocimiento. La conducta, cualquiera que sea la conceptualización que se le haya venido dando a lo largo de este siglo, constituyó el objeto de estudio que le daba especificidad como disciplina científica a la psicología. Y es por ello, que la psicología científica quedó marcada por el conductismo. Aun aquellos que se declaran anticonductistas tienen que aceptar que sus argumentos giran en torno a la demostración de que la psicología estudia «algo más» que la conducta, y que este «algo más» forzosamente debe tomar en consideración, como indicador empírico inevitable, a la conducta. Constituyen la

gran legión de los conductistas metodológicos, algunos de ellos conscientes de su condición, otros todavía vergonzantes de ella.

Pero no es el conductismo metodológico sobre el cual he intentado reflexionar críticamente, pues de algún modo, mi elección del análisis experimental de la conducta como metodología de la investigación científica, me había permitido superar dicha aproximación general. Es precisamente la teoría de la conducta cimentada en el análisis experimental y aplicado de la conducta, que ha constituido mi práctica científica y profesional en los últimos quince años, sobre la que me he propuesto reflexionar. Esta reflexión crítica es, sin embargo, una reflexión desde el interior de la disciplina. No es una andanada fácil y eventual desde el exterior, sino más bien el retorno a profundizar sobre los fundamentos de nuestra ciencia.

Para hacer filosofía de la ciencia se debe haber hecho y estar haciendo ciencia. La filosofía de la ciencia no es más que explicitar los supuestos que orientan y fundamentan nuestras acciones teóricas y de investigación cotidianas, v.gr., qué es lo que consideramos como conducta, qué medidas de la conducta son las pertinentes, cómo abordar la determinación de la conducta, qué paradigmas seleccionar en la descripción de nuestro objeto de estudio, etcétera. Y como la filosofía de la ciencia se hace conjuntamente con el hacer ciencia, hágase o no deliberadamente, la filosofía de la ciencia se enriquece con el desarrollo y evolución de la disciplina correspondiente. No volvemos a la filosofía como un reducto de la pureza y justeza conceptual que sopesa si nuestra actividad científica ha sido

adecuada o no. Volvemos a los fundamentos y supuestos de nuestra ciencia, o para subrayarlo, de nuestra concepción sobre lo que es la psicología y cómo hacer de ella una disciplina científica, para explicitar y ampliar esa filosofía que se construye paralelamente con el quehacer científico. No se trata pues de un juicio filosófico del análisis experimental de la conducta. Se trata de aprovechar el largo recorrido que ha hecho la psicología conductista para reexaminar nuestras concepciones, ampliarlas, corregirlas, y de esta manera, explicitar la filosofía de la ciencia, el conductismo, que evoluciona junto con la disciplina empírica correspondiente.

No obstante, en este volumen no se pretende efectuar un análisis sistemático de esta problemática. Por tratarse de un conjunto de ensayos separados, diversos temas vinculados a ella aparecen examinados en diferentes contextos. Sin embargo, a todos los articula un denominador común: la preocupación por determinar con precisión el objeto de estudio de la psicología, las características paradigmáticas de esta ciencia, y su inserción en el quehacer social de las disciplinas científicas. Estos ensayos han ido apareciendo colateralmente a un esfuerzo sistemático en el proceso por formular una teoría de la conducta, en el sentido de construir una taxonomía paradigmática, a partir del concepto de conducta como interacción construida, que permita abordar, sin reduccionismos, la complejidad y riqueza de la conducta humana, conservando el rigor y la solidez que le procura el firme fundamento del análisis experimental de la conducta animal. Aun cuando existen antecedentes inmediatos de este propó-

sito (Ribes, Fernández, Rueda, López y Talento, 1980), consideramos que los escritos en este volumen, así como el que está en proceso (cuyo título tentativo será *Teoría de la Conducta: un análisis de campo y paramétrico*), superan muchas de las posiciones previamente expuestas.

Un leitmotiv adicional ha sido el escarbar en los fundamentos e implicaciones ideológicas del conductismo. La tradición judeocristiana del pensamiento occidental ha sido, incluso mucho antes del pronunciamiento watsoniano, profundamente anticonductista. No es de extrañar, pues, que el conductismo, especialmente en su versión no metodológica, haya suscitado fuertes embates de rechazo, muchos de ellos propiciados por la ignorancia, otros, en cambio, por un entendimiento cuestionable. Los conductistas hemos dejado el problema de la ideología a nuestros enemigos. Hemos cedido el terreno gratuitamente. Considero, sin embargo, que es el momento de percatarse que la ciencia no es inmune a la ideología, sino que en la medida en que se articula con ella de manera compleja, es necesario desarropar la vestimenta ideológica y destejer la urdimbre de relaciones que se dan, en múltiples direcciones, entre el conocimiento científico y el conocimiento ideológico. No solo es esto importante debido a la necesidad de examinar los orígenes y evolución histórica de la disciplina, sino también para cotejar en forma argumentada las implicaciones reales que tiene una ciencia de la conducta frente a otros abordajes de lo «psicológico», los que critican al conductismo desde el nicho de la pureza ideológica y el subjetivismo militante. Cuál no será la sorpresa de muchos de que los conductis-

tas no solo no rehuíamos la argumentación ideológica, sino que, al contrario, podamos establecer dicha discusión sobre bases más firmes, la de la ideología como la práctica individual concreta de los hombres en circunstancias históricas particulares. Se hace, por lo tanto, un primer esfuerzo en esta dirección.

El volumen está dividido en tres secciones temáticas generales. Una primera, que aborda algunos problemas epistémicos e ideológicos de la disciplina. La segunda, que trata del examen crítico de la teoría de la conducta contemporánea. Una última, dedicada al análisis de las relaciones entre la ciencia básica y sus aplicaciones y el modo de articulación del conocimiento científico con lo social.

Finalmente, y aun cuando esto se haga obvio en el transcurso de la lectura del volumen, deseo expresar mi deuda de gratitud con aquellos científicos que han influido inadvertida o responsablemente en la conformación de mi pensamiento actual, muy especialmente Sidney W. Bijou, William N. Schoenfeld, y J. R. Kantor. Mi interacción personal con ellos me ha permitido aprender más de la psicología y del quehacer científico, que el alud de información y datos que caracteriza a la producción disciplinaria actual.

Emilio Ribes Iñesta

Naucalpan, México, noviembre de 1981.